

ron canceladas, como volver a al pasado recurrente complicándolo para que el presente sea menos tóxico. También me preguntó como sería revisar las vanguardias en sudamérica desde la mirada hacia el pasado que propone Muñoz. Pienso en el proyecto del Museo Travesti de Giuseppe Campuzano, desconozco si Muñoz conoció algo de él, pero si tengo que pensar en ese *todavía-no* pienso en los archivos trans, y el la manera que Campuzano recurre al modelo del tiempo hetero-lineal del museo para crear una línea de tiempo de utopías interrumpidas. Muñoz sitúa algo de eso en los escenarios vacíos de las fotografías de Kevin McCarty y en las performances de Kevin Aviance.

También pienso en las fotografías que Roberto Jacoby sacó al público de Virus a mediados de los años ochenta. Son casi lo contrario a las fotografías de McCarty, planos atiborrados de adolescentes con gestos de euforia y ansiedad, superposición, una performatividad utópica o salas de ensayo para la utopía, como diría Muñoz. Hoy este libro, le pregunta a estas imágenes: ¿cómo se pone en escena una utopía? .

Santiago Villanueva sobre *Utopía Queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*, de José Esteban Muñoz. Caja Negra, febrero 2020.

Dicen que como se está por fuera también se está por dentro. Suele comentarse eso respecto al manejo de una casa, con cómo eso se relaciona con los nervios y la calma.

Este es un libro muy ordenado: a cada texto le corresponde una página. Este orden tiene un efecto, un movimiento consistente y rutinario, al pasar hoja tras hoja la mano adquiere un hábito acompasado. El ges-

to se toma su tiempo y lo que demora, en algunos casos, puede ser lo mismo que dura la lectura de cada página. No pasa lo mismo con esos libros con hojas repletas de letras minúsculas en los que uno debe reacomodarse en la lectura para codear la concentración. *Entrenamiento para la mente* tiene una relación extraña con el tiempo porque, a diferencia del gesto de lectura, al sumergirse en la historia, el tiempo se expande, se ralentiza.

Irina divide el tiempo en habitaciones. La habitación interna, la propia de la historia, es silenciosa y austera. Es el espacio propicio para la insistencia de una idea, es decir, para dar lugar a lo que ella llama la transformación persistente, que no se apura a terminar en una explosión rápida. Le da una progresiva calma camaleónica. Pero también está la habitación de quien lee, con la melodía rítmica del correr de las hojas. En esta habitación el tiempo es más veloz. El entrenamiento llega a su máximo esplendor cuando logra unir las dos habitaciones, como cuando las imágenes dobles del bizco se imantan y se hacen una. La persona lectora despega la mirada del texto y se sumerge en pensamientos como

Leo una malhumorada nota sobre la exhibición firmada por Alfredo Aracil en la revista digital *Otra Parte*. Ni siquiera le presto demasiada atención pero me parece bastante buena. No dejo de pensar que hay una cucaracha semi muerta en mi baño, pero aun así recuerdo que tuve una experiencia muy afable en la última muestra de Marisa Rubio, a la que asistí en el día de su cierre acompañado por personas que puedo llamar estrictamente amigas. Para qué contar que había clericó preparado con suma dedicación por la artista -esto se notaba en el tamaño asaz pequeño en que estaba cortada la fruta- y que ella, solazándose con sus amigxs a la vera de la galería, en ningún momento se

haría presente en el interior de la misma, en un gesto de distancia con la propia obra, cuya autonomía no iba a ser saboteada por su realizadora ni lo había sido antes, según Marisa, con su habitual discreción, me confesara después. Pues se trata de algunos datos que hacen a mi particular experiencia durante el tiempo que pasé en la muestra; ahora bien, respecto de lo que pasaba ahí adentro bastará con decir que, una vez sentado en una de las confortables sillas dispuestas en el perímetro de la sala, uno era invitado a sonreír y optar por el comentario intrascendente o malicioso y casi siempre susurrado, o simplemente dejarse invadir por un entorno audazmente confeccionado que tomaba la forma de una extraña sala de espera. Puesto que ese es el efecto que, dando cuenta de un consenso apenas alarmante, parecía imponerse sobre los sentidos de los asistentes con prodigiosa velocidad. Todo esto sea dicho con una salvedad: ni yo, ni mis amigxs, ni las demás personas que estaban en la sala sabíamos qué cosa estábamos esperando y esa espera que en efecto sucedía y se dilataba, se volvía depositaria de cualquier tema, se amoldaba a cualquier estado de ánimo y, a excepción de un poeta y editor carcomido por la ansiedad, el resto de la concurrencia era objeto de un paulatino embeleso propiciado por una música compuesta y ejecutada en el piano por la propia artista y unas imágenes en video que cautivaban por su pasmosa arbitrariedad. Una arbitrariedad que era extensiva a la obra pero no así a su funcionamiento interno, que había sido delineado estratégicamente para producir en los allí presentes una serenidad de espíritu que se sobreponía a la desorientación y aún a la paradoja.

Facundo René Torres sobre *La mujer de negocios que se lamentaba de no vivir en el campo*, de Marisa Rubio. Mite Galería, noviembre 2019-febrero 2020.

En los cuadros no hay flores, ni frutas, porque ella no pinta ni flores ni frutas. Son inconfundibles planos de colores, que con ese no saber por qué, adivinamos que son Marielas Scafatis. Bastidores de todas las medidas forman cuerpos diseñados de muchas amigas, colgados a la manera de marionetas, acostados, siempre con un punto de apoyo que nunca es el mismo cuerpo. Al fondo de la galería ¿un cementerio?, o estructuras de bastidores, con hermosas bisagras de tela listas para viajar. *Extraterrestre* es danzarina y protestona, retrato de cuerpo entero, época, manifestación, en un sentido muy amplio. La muestra fue acompañada por un glosario que la misma Scafati con Nicolás Cuello escribieron. Respiro se define así: *mandame un mensaje cuando llegues, lo voy a estar esperando*.

Santiago Villanueva sobre *Extraterrestre*, de Mariela Scafati. Galería Isla Flotante, septiembre-noviembre 2019.

G: Lo primero que me acuerdo es cuando habla de una “inteligencia entrenada en lo irracional”. Me hace pensar en la posibilidad de una inteligencia menor, desarreglada.

L: Aira cree en lo improbable; puede estar diciendo que si pensamos a la vez espacio y tiempo, tenemos que ser duchos en poder entender la paradoja de ese cruce. De ahí el llamado a la inteligencia con respecto a lo irracional, a lo inaudito, a la intriga, esa palabra bien clásica de los setenta, de la revista *Literal*.

G: Sumo dos elementos más: 1) todo puede ser obra de un malentendido; 2) el malentendido se vería reforzado por un olvido casi escandaloso: pensar que no hay un cruce entre las orillas. Pienso si no hay una pista,